

www.elboomeran.com

Álvaro Enrigue

Decencia



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Este libro fue escrito con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
y la Fundación Rockefeller.*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Ojos de María», fotograma de *Enamorada*, 1946,
Gabriel Figueroa

Primera edición: febrero 2011

© Álvaro Enrigue, 2011
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7223-1
Depósito Legal: B. 835-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Valeria

Me basta ver un pájaro a lo lejos
para hacerlo caer envuelto en llamas.

EDUARDO LIZALDE

LA FLACA OSORIO tenía los ojos hondos, tristes y ase-millados; la voz grave, un poco nasal por el acento amanerado que se copió de las niñas ricas de la ciudad de México, y una conversación aguda y volátil que había ido fraguando en las farras internacionales a las que había asistido con su hermana mayor, actriz de cine. Lo más visible de su cara era una nariz al mismo tiempo redonda y respingada, toda carácter. Tenía los huesos fuertes guardados bajo una piel mate que le quedaba a la medida. Olía a panadería, sobre todo debajo del lóbulo de las orejas y –¿dírelo?– entre los pechos. Era alta y delgada, aunque en el mundo de famélicas en el que las taradas de mis hijas están criando a las nietas la hubieran considerado repuesta. Tenía la boca acanelada y en punta, casi una trompa, y en ella se gestaba una saliva fresca y fina, con un discreto dejo picante. La rosa entre sus piernas sabía francamente a pimienta. Era dueña de una espalda acerada en cuyo centro derrotaba la nave de una mancha de Bering; el cordón de sus vértebras descendía sin exabruptos hasta unas nalgas altas y fuertes. Tenía un solo defecto: estaba casada con el teniente coronel David Ignacio Jaramillo, mi cliente, compadre, amigo y protector. La llamábamos la Flaca por

oposición a la legendaria distribución de lípidos de su hermana, Reina Osorio, que se había ganado fama de mulata porque saltó a la pantalla de rumbera, envuelta en holanes.

Las Osorio eran de La Resolana, un caserío ardiente montado en el dobladillo de las faldas de la Sierra Madre Occidental, casi en la costa. Cuando las conocí, en un carnaval en el que yo todavía era niño y ellas unas señoritas, aún se llamaban María de la Concepción y Helena.

Volví a encontrar a la Flaca una tarde luminosa en la casa de Guadalajara del teniente coronel; estábamos por empezar con el negocio del tequila reposado. Tomaba el fresco en el corredor con el dueño de la casa cuando ella salió. Llevaba las manos nervudas ocupadas por una charola que sostenía tres vasos. Me saludó como si nos hubiéramos visto el día anterior y puso su cargamento en la mesa de centro, frente a los equipales en los que nos encontrábamos sentados. Tomó vaso por vaso y los llenó del agua que goteaba en una jarra desde un filtro de piedra volcánica estacionado en el mismo corredor. Lo recuerdo como si hubiera sucedido hoy en la mañana: la falda verde oscura dejó desprotegido un tramo de su pantorrilla cuando se agachó por la jarra, luego se dio la media vuelta y, sonriendo como si lo que hacía fuera divertido, sacudió un poco los hombros y se inclinó a servir los vasos, sus clavículas como una promesa.

El teniente coronel y yo nos quedamos callados viéndola servir —no hablábamos mucho de por sí—, él con serenidad de pastor ante la oveja perfecta que dudaba haberse merecido en la tómbola de la vida y yo asombrado por que la nieta de rancheros italianos que había conocido de niño se hubiera transformado en esa suma de embelecós y perfecciones.

Primero le sirvió a él, con una reverencia más bien burlesca, luego me tendió mi vaso sonriendo con picardía y dijo: Dichosos los ojos, Longinos, siquiera levántate a salu-

darme; o es que ya no te acuerdas de mí. El brillo de sus dientes bajo unos labios más oscuros de lo normal me puso los nervios en jaque: no supe si levantarme, tomar el vaso, arreglarme la corbata, quitarme el sombrero o librar la mesa para poder hacer lo que me pedía. Traté de hacerlo todo al mismo tiempo y el sombrero se me fue de las manos. Cayó sobre la mesita de centro, que empujé con las rodillas al tratar de recogerlo; el vaso que iba a ser para ella se estrelló en el suelo. Miró a su marido y con un gesto de las cejas le dijo: Qué amiguitos, teniente coronel, qué amiguitos. Y luego dirigiéndose de vuelta a mí, con verdadera ternura: Siéntese, Longinos, yo lo decía nomás por decir algo; ahorita mando que barran aquí y vengo a hacer la visita; de todos modos me faltaba el vaso de Reina, que ya no ha de tardar. ¿Reina?, pregunté. María de la Concepción –me explicó– se puso un mote artístico desde que se fue a México para volverse actriz. Claro, le dije, recordando que había escuchado decir a mis hermanas que el nombre de guerra se lo había ganado batallando un burdel de cinco estrellas que tenía prestigio de trampolín para las carpas de vodevil.

Decir que María de la Concepción se ganó su seudónimo trabajando la cama suena a denuncia hoy en día, pero las cosas eran distintas por entonces: lo que rifaba no eran los valores de monjas, herederos y viudas de estos años desventurados en que la gente está obligada a tener abogado y dentista. Por entonces nadie se escandalizaba con nada y nadie quería rascar en el pasado reciente de los otros porque desde que se vio que la Revolución iba a triunfar todos le caímos al botín con distintos grados de arrojo. El millón de muertos de la guerra ni trajo la justicia de todos tan temida ni salvó a la patria de lo único que hay que salvarla, que es de los mexicanos, pero canceló por unos años la noción de abolengo y eso fue suficiente para que creyéramos

robustos, felices en la botana de la inmoralidad. Las conflagraciones, sobre todo cuando son confusas como las nuestras, tienen una sola lección: el derecho a la infamia es universal e inalienable y el secreto para la supervivencia está en ejercerlo con mesura.

Cuando la mujer regresó al interior de la casa el coronel se sobó la panza con la mano izquierda y extendió la derecha para tomar su vaso. Cada día más guapa, me dijo casi como si le abochornara, antes de dar un trago largo y envidiable.

El teniente coronel Jaramillo era bastante mayor que la Flaca, que a mí me llevaba cinco años. Hablaba siempre cubriéndose la boca y no soltaba prenda hasta que se aseguraba con una mirada nerviosa de que nadie más que su interlocutor escuchara lo que estaba diciendo, aun si de lo que hablaba era del cartel de la próxima corrida de toros. Tenía verrugas y buen trato a pesar de su fondo ladino: se había refinado a trancos entre la Escuela Normal a la que asistió de joven y la parte de las corruptelas de la elite revolucionaria que le tocó presidir con inteligencia.

Suave y generoso con los viejos conocidos, tímido y torpe con los nuevos y feroz contra todos a la hora de los negocios, su origen era más bien opaco: antes de la Revolución los Jaramillo no tenían fama. En el campo no hay ricos y pobres como en la ciudad, hay gente con tierra, sin tierra e indios. Los Jaramillo eran sin tierra y el teniente coronel desde muy joven pintó para trepador.

Mi primer recuerdo de él viene de los años en que una débil corriente del marasmo revolucionario que arrasaba al resto del país se las arregló para cruzar el oleaje mineral de la sierra, que nos mantenía aislados cocinándonos lentamente en el caldo grueso de nuestra propia pudrición. Yo debía tener unos doce o trece años, porque ya llevaba encima las responsabilidades de hermano mayor: mi madre –a

quien todos llamaban «las Villaseñor» porque su marido le hablaba en plural— se había ido de regreso a la ciudad desde que se sospechó que no íbamos a quedar libres de insurgentes y yo me había encargado de mantener a raya a los niños en lo que pasaba la tormenta. Andrés, el mayor de los hermanos, se fue con ella no en plan de varón de guardia, como habría sido natural, sino en el de marciano de compañía. Ambos eran rarísimos e inseparables.

Mi padre nunca dejó de atribuirle precisamente al teniente coronel que hayamos sabido sobrellevar la derrota de clase que implicó dejar de ser amos de rancho. La bola de la Revolución pasó sobre nosotros igual que sobre todos los demás, pero conservamos la dignidad, nuestra salud, la vida de todos los miembros de la familia y a lo mejor hasta más dinero del que nuestras tierras valían realmente: fuimos los únicos indemnizados con holgura por el gobierno de facto que el autonombado general Antón Cisniegas instaló en Autlán por esos días.

Las Villaseñor, que nunca vio a un rebelde de cerca —cuatrocientos años de ignorancia, brutalidad y hambre concentrados en un dedo índice que encontró frente a sí el derecho a apretar el gatillo—, siempre atribuyó nuestra supervivencia a que por ser los más ricos fuimos los primeros con que negociaron: después de comprarnos El Limoncito, decía mi madre, se les acabó el dinero que se habían robado en Sayula.

Yo estoy cierto de que el teniente coronel le habló a su superior bien de nosotros: mi padre lo trataba con una distancia digna y rara no porque fuera un hombre que mereciera alguna consideración particular, sino porque así trataba a todo el mundo; los Brumell somos una tribu demasiado complejada para la prepotencia. O lo fuimos, porque ya los godos y las vikingas —mis hijos— se creen paridos por unos dioses de los que yo no me acuerdo.